

CAPÍTULO XXIV.

De las circunstancias memorables de la caída de los judíos; y de la continuacion de sus falsas interpretaciones.

Las dos circunstancias que coincidieron con la caída de los judíos y la venida de nuestro Salvador debieran haber convencido á éstos del cumplimiento de las profecías referentes á la venida del Mesías: una de ellas fué que acabó entonces la perpetua é inalterable sucesion de los pontífices empezada desde el sumo sacerdote Aaron; y la otra que, por confesion suya, tambien se confundió la distincion de tribus y familias conservada siempre entre ellos hasta dicha época.

Esta distincion fué necesaria hasta la llegada del Mesías. De la tribu de Leví debian salir los ministros encargados del sagrado ministerio; de la familia de Aaron los sacerdotes y los pontífices; de la tribu de Judá debia descender el Mesías. Si no hubiese subsistido la distincion de familias hasta la ruina de Jerusalem y hasta la venida de Jesucristo, hubiéranse acabado los sacrificios judáicos antes de tiempo, y á David se le hubiera frustrado la gloria de ser reconocido por el padre del Mesías. Llegó el Mesías; el nuevo sacerdocio, segun el órden de Melchisedech, comenzó en su persona; y el nuevo rei-

no, que no era de este mundo, se estableció; no hubo ya, pues, necesidad ni de Aaron, ni de Leví, ni de Judá, ni de David, ni de ninguna de sus familias. La familia de Aaron dejó de ser necesaria desde el tiempo en que los sacrificios debian de cesar, segun Daniel. Cumplióse la promesa hecha á Judá y á David desde el momento en que Jesucristo apareció descendiente de su tribu y familia; y como si los judíos renunciasen por sí mismos á su esperanza, olvidaron precisamente en aquel mismo tiempo la sucesion de las familias, hasta entonces tan escrupulosa y religiosamente conservada.

Empero no pasemos en silencio una de las señales mas notables de la venida del Mesías, y quizá la principal si la sabemos entender bien, no obstante que cause escándalo y horror á los judíos. Fué esta la remision de los pecados anunciada á nombre de un Salvador paciente, humillado y obediente hasta someterse á sufrir la muerte. Daniel señaló entre sus semanas la semana misteriosa que hemos particularmente notado, aquella semana en la que el Cristo debia ser inmolado, en la que la alianza habia de sellarse con su muerte, y en la que los sacrificios antiguos habian de quedar sin virtud ni eficacia. Examinemos comparativamente á Daniel con Isaías, ó mas bien compulsemos lo que uno y otro dicen, y veremos en ellos dos el fondo

de un tan gran misterio; veremos "al hombre del dolor, cargado con las iniquidades de todo el pueblo, dar su vida en rescate del pecado, y curar las heridas del pecado con sus llagas." Abrid los ojos, incrédulos; ¿no es verdad que la remision de los pecados os fué predicada á nombre de Jesucristo crucificado? ¿Se concibió jamas un misterio tal y de tan gran magnitud? ¿Qué otro que Jesucristo, antes ó despues de él, se ha gloriado de lavar los pecados con su sangre? ¿Habrásé hecho crucificar espresamente para adquirir un nombre vano, una falsa y mentida gloria, y para que tuviese cumplimiento en él mismo una profecía tan funesta? A esto es menester callarse; no tiene respuesta ni réplica, y adorar en el Evangelio una doctrina cuyo pensamiento siquiera ni ocurrírsele hubiera podido á hombre ninguno, si no fuera del todo verdadera.

Para esta dificultad no encuentran salida los judíos; porque en sus escrituras tropiezan en cada hoja con muchos pasajes en que se habla de las humillaciones de su Mesías. Y si sobre esto se ven embarazados, ¿qué diremos con respecto á los pasajes en que se habla de su gloria y de sus triunfos? El natural desenlace es llegar á obtener los triunfos por la via de los combates, asi como conseguir la gloria por los padecimientos. ¡Cosa increíble! los judíos han preferido admitir dos Mesías para salir de estas di-

ficultades. Vemos en su Talmud y en otros libros de igual antigüedad que aguardan á un Mesías paciente, y á un Mesías cubierto de gloria; el uno muerto y resucitado, y el otro siempre dichoso y vencedor; el uno, á quien conviene la aplicacion de todos los pasajes en que se habla de su debilidad, y el otro á quien conviene la aplicacion de todos aquellos en que se habla de su grandeza; el uno, en fin, hijo de José, porque no se le ha podido negar uno de los caracteres de Jesucristo, que ha sido reputado hijo de José, y el otro hijo de David: sin querer entender jamas que el Mesías, hijo de David, debia, segun David, *beber del torrente antes de levantar cabeza*; es decir, ser afligido antes de ser vencedor, y presentarse *triunfante y glorioso*, como lo dice el mismo hijo de David. "¡Oh insensatos y duros de corazon, que no podeis creer lo que han dicho los profetas! ¿no era de necesidad que el Cristo sufriese todas estas cosas para que adquiriese su gloria por este medio?"

Ademas, si creemos aplicado al Mesías el gran pasaje en que Isaias nos representa tan al vivo *al hombre del dolor herido por nuestros pecados*, y desfigurado *como un leproso*, estamos sostenidos tambien en esta esplicacion, así como en las otras, por la antigua tradicion de los judíos, y á pesar de sus prevenciones, el capítulo tantas veces citado en su Talmud nos en-

seña que *este leproso cargado con los pecados del pueblo será el Mesías*. Los dolores del Mesías, que le serán causados por nuestros pecados, son célebres en el mismo pasaje y en los demás libros de los judíos. En ellos se habla varias veces de la entrada tan humilde como gloriosa que debía hacer en Jerusalem montado sobre un asno; y le es aplicada esta célebre profecía de Zacarías. ¿De qué, pues, tienen que quejarse los judíos? Todo les fué marcado en términos precisos en sus profetas: su antigua tradición conservó la aplicacion natural de estas célebres profecías; y nada hay mas justo que aquella reconvencion que les hizo el Salvador del mundo: “¡Hipócritas, sabeis juzgar ó formar vuestros juicios por los vientos y por los signos que aparecen en el cielo si el tiempo será lluvioso ó sereno; y no sabeis conocer por tantos signos como se os han dado el tiempo en que estais ó en el que vivís!”

Concluyamos, pues, con decir que han tenido razon los judíos para afirmar *que han pasado todos los términos de la venida del Mesías*. Judá no es ya ni un reino ni un pueblo: otros pueblos han reconocido al Mesías que debía ser enviado. No bien Jesucristo fué conocido por los gentiles, á esta señal corrieron en tropel para adorar al Dios de Abraham; y la bendicion de este patriarca estendióse por toda la tierra. Ha sido predicado el hombre del dolor,

y con su muerte ha sido anunciada la remision de los pecados. Pasaron todas las semanas; la desolacion del pueblo y del santuario, justo castigo de la muerte del Cristo, tuvo su último cumplimiento; en fin, el Cristo se ha presentado con todos los caracteres que la tradicion judáica reconocia en él, y su incredulidad ni tiene en qué fundarse, ni admite excusa.

Tambien vemos desde aquel tiempo señales inequívocas de su reprobacion. Desde la muerte de Jesucristo no han hecho otra cosa mas que sumergirse cada vez mas en la ignorancia y en la miseria; de las que no saldrán hasta que el sumo padecer y la vergüenza les desengañen, haciéndoles conocer el error en que han vivido, ó mas bien hasta que la bondad de Dios les saque de este lamentable estado, luego que se haya cumplido el tiempo prefijado por su divina providencia para humillar su soberbia y castigar su ingratitud.

Sin embargo, siguen siendo el objeto de oprobrio y de ludibrio de los pueblos, sin que un tan largo cautiverio les sirva para abrir los ojos y reconocerse, no obstante que ya era tiempo bastante para haberse podido convencer. Porque, en fin, como les dice san Gerónimo, “¿qué aguardas tú, oh judío incrédulo? tú has cometido infinitos crímenes durante el gobierno de tus jueces: tu idolatría te ha hecho esclavo de las naciones vecinas; Dios, compadecido de tí,

te envió sin tardanza salvadores que te rescata-
 ran. Tu has multiplicado tus idolatrías cuando
 eras gobernado por reyes; y las abominaciones
 en que caíste en tiempo de los reinados de Achaz
 y de Manases te costaron setenta años de canti-
 vidad. Vino Ciro, te restituyó á tu patria, vol-
 viste á tener templo y sacrificios. Al fin fuiste
 arruinado por Vespasiano y por Tito: cincuen-
 ta años despues Adriano acabó de esterminar-
 te, y cuatrocientos años van ya transcurridos
 que vives en la opresion." Esto es lo que decia
 san Gerónimo. El argumento ha recibido des-
 pues nueva fuerza con los años que hasta el dia
 deben añadirse á los cuatrocientos de que ha-
 blaba san Gerónimo. Digámosles, pues, en lu-
 gar de cuatrocientos años, diez y ocho siglos
 van pasados sin que el yugo que os oprime se
 haya aligerado su peso. ¿Qué haces, pues,
 pueblo ingrato? Esclavo en todos los países, y
 bajo todos los príncipes no sirves á los dioses
 extranjeros. ¿Cómo Dios que te eligiera se ha
 olvidado de tí? ¿Qué se ha hecho de la gran
 misericordia con que siempre te distinguió?
 ¿Qué crimen, qué atentado mas grande que las
 idolatrías á que eras tan propenso te ha atraido
 un castigo que jamas merecieron tus antiguos
 pecados? ¿Te callas? ¿No comprendes por qué
 Dios se manifiesta tan inexorable? Acuérdate
 de esta palabra de tus padres: *Caiga su san-
 gre sobre nuestras cabezas y sobre las de nues-*

*tros hijos. Y mas: No tenemos mas rey que el
 Cesar. El Mesías no será tu rey; consérvate el
 que te has elegido y preferiste; sé el esclavo
 de Cesar y de los reyes hasta que la plenitud
 de los gentiles haya entrado en el redil de Je-
 sucristo, y hasta que todo Israel se haya sal-
 vado."*